

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 7991

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4.

Lunes 25 de Junio de 1888

El Elixir de Proto-cloruro de hierro con hipofosfitos de cal y de sosa. (véase en la cuarta plana.)

SUBASTA.

En cumplimiento de disposición testamentaria del Sr. D. Enrique Hidalgo de Cisneros, se venden en pública subasta las fincas que á continuación se expresan:

Casa núm. 10 de la plaza de la Merced, tasada en 75.000 pesetas.

Casa en la calle de la Placeta, frente á la antigua Ermita (Santa Lucía,) en 3.750 pesetas.

La subasta tendrá lugar á las doce de la mañana del día 28 del mes corriente, en la Notaría de D. Facundo Tarín, en la que estarán de manifiesto los títulos de propiedad de las fincas.

Para tomar parte en la licitación, será condición indispensable el depositar en dicha Notaría el dos por ciento del valor de las fincas según tasación, no admitiéndose posturas que no cubra aquella, y siendo de cuenta del comprador todos los gastos que origine la compra y subasta.

LA SEMANA ANTERIOR

«Esto no es vivir,» ha sido la frase que rodó de boca en boca durante los primeros días de la última semana.

Y lo lamentable era que en ella no habido exageración

El calor se nos coló con tantos bríos, que apoderándose de todos, dejamos de ser dueños de nosotros mismos.

A las doce de la mañana y cuando el sol se halla en todo su esplendor, atravesar la calle es una heroicidad que debiera hacernos inmortales.

Ni la levita de alpaca, económica de abrigo y... de precio, ni el sombrerillo de paja, ni el popular quita-sol son bastantes á mitigar los efectos del excesivo calor que sin duda, hizo propósito de achicharrarnos en vida.

Peró vamos, compasivo é indulgente se ha eclipsado por algunas horas en los días de ayer y anteayer, mandando en su lugar un rocío que no sirvió absolutamente de nada.

Es decir, no: me equivoco. Tuvo un objeto, hacer pasar algunas horas con in-tranquilidad, suma á las Empresas, de los dos Circos.

Ambos velan desaparecer como por encanto, los ingresos de la función de anoche, y es'o, como ustedes comprenden no les había de hacer maldita la gracia.

Peró también cesaron las chispas, y las luciciones se llevaron á efecto.

De lo que no respondo, es de si dejarían los resultados que apetecieran, las respectivas Empresas.

Casi casi me atrevería á decir que no.

En el Circo de la calle Real exhibieron por segunda y tercera vez *El reloj*, y francamente, hoy que están los relojes atalcan-ce de todos, no debe existir mucho deseo de verles demasiadas veces.

Con una lista.

En el otro teatro, el de la Ribera, las en-tradas se cubren por llenos, pero el *toro gordo* no puede cundir gran cosa.

Sin embargo, cuando ellos lo hacen.....

Ayer sorprendi un diálogo callejero que no dejó de hacerme feliz; y como tuvo lugar dentro de la semana cuyos acontecimientos reseño, me parece de oportunidad incluirlo en esta revista.

No sé si á ustedes satisfará ó no satisfará; pero conste en cualquier caso, que yo no hago más que transcribirlo.

Dice así:

«—Bien venido D. Antonio.

— Bien hallado D José.

—No lo esperaba á fé mía este verano.

¿Qué hacer

si no lo de siempre? ..

No estoy de salud muy bien

y como el médico mío

que es hombre de gran saber

dice que me bañe mucho,

á bañarme vengo, pues.

Y ¿qué novedades hay

por acá? Dígame usted.

Se preparan muchas cosas

para el venidero mes.

La feria, dicen que han dicho

los que están en el poder,

que sufrirá mil reformas,

y que quedará muy bien.

Los baños se van más léjos.

—¿A otro punto?

Le diré;

van á un lugar, que escusado

es decir que están bien:

como gran innovación

aseguran, que tal vez

los perfumen este año

con aromas más de cien.

—Pues es una novedad

muy importante á mi ver.

Y ¿de circo que tenemos?

De Circo?... Dos hay en pie

el antiguo, reformado

y otro en el muelle, también.

—¿Dos circo en Cartagena

y funcionando á la vez?...

Me parecen muchos circo.

—Yo soy de su parecer.

—¿Y de paseos como vamos?

—Domingos y jueves, bien:

mucha gente, mucho lujo....

—¿En el muelle?

Claro es.

Las músicas militares

dan amenidad en él

tocando escogidas piezas.

—Hombre, me alegro, así oír

esa banda de Marina

que dió pruebas de valer

en Málaga y conquistó

un primer premio.

—Así fué,

pero amigo, falleció

el director Albajés

y la banda está ensayando:

—Comprendo, no siga usted;

hace calor y me voy;

hasta luego, D. José.

—Vaya V. con Dios amigo

¡que nos volvamos á ver!

Nadz más ha ocurrido

caros lectores

y por lo tanto termino

estos renglones.

Hasta la otra
mandad como gustéis
á vuestro

Variedades.

LA LEYENDA DEL MILLÓN.

Después de cobrar los treinta duros de su paga, dozava parte, según el gobierno, de un sueldo de dos mil pesetas anuales. Simeón se encontró gratamente sorprendido cuando escuchó lo que decía el habilitado:

—Este año *hay pavo* para algunos, y V. ha sido del número de los agraciados. Tome V. estas cincuenta pesetas y no se lo diga á sus compañeros para no despertar envidias.

El inocente Simeón ignoraba que igual recomendación y en términos análogos se había hecho á todos los demás empleados de su oficina, y guardándose el billete de cincuenta pesetas salió del ministerio ufano y radiante como nunca. El año no podía acabar mejor para él: cobraba su paga con doce días de anticipación y con un aumento considerable, del cual no había de dar conocimiento á nadie, ni aun á su esposa Rita, ni aun á su hija María de la O, únicas personas que le acompañaban en las privaciones de su modestísimo hogar, ya que no en las alegrías, desconocidas por él.

Peró Simeón era honrado, y viéndose poseedor de aquella suma inesperada acudió á su memoria, y ésta le recordó algunos sucesos relacionados con su eterna falta de metálico. Dos meses hacía que estaba debiendo en el café Oriental catorce ó quince tazas, á su amigo Isidoro le adelantaba desde años antes treinta reales, y al sereno de su calle una peseta. Lo directo é inmediato era salir de semejantes deudas, y con lo que aun sobraba comprarse unos guantes negros para cuando tuviera que asistir á algún funeral y comerse tres ó cuatro chuletas en el café, que le compensaran las deficiencias del cocido doméstico. Pero estaba escrito que Simeón no había de realizar tan levantados propósitos desde el momento mismo en que salió del ministerio, una voz chillona se había obstinado en repetir á su oído:

—Hoy es el último día de billetes! ¡El premio de los diez millones!

Simeón no era jugador de lotería; pero aquella voz insistente y agria le había hecho concebir y acoger una idea temporaria. Rita

—¿Para su raído capote—no sabe que soy poseedor de diez duros; si jugándolos á la lotería los vierá convertidos en un millón de reales, podría comerme, no tres ó cuatro chuletas, sino veinte ó treinta *beafsteaks* cada día, comprarme un gabán forrado de pieles por dentro y por fuera, un mantón de lana á Rita y dos toquillas de pelo de cabra á María de la O. Pero ¿y si en lugar de tantas venturas me quedo sin las cincuenta pesetas?

Aquí volvía á escuchar el grito de la vendedora repitiendo:

—¡El premio de diez millones!

Simeón se hubiera, no obstante, defendido mucho más, pero cuando pensaba consultar sus dudas con la almohada, la misma voz estridente y chillona, sonando entonces á su lado decía:

—¡Hoy es último día de billetes!

Y entonces no vaciló; parose junto á la vendedora, le propuso la cesión del décimo, siempre que le contentara con una propina de cuarenta céntimos, única suma que había logrado ir ahorrando para pago de sus acreedores, y una vez aceptada la proposición, co-

gió en sus manos el billete y pudo ver impresa en relieve la cifra de 2.026.

II

En la mañana de aquel día se verificó la extracción lotérica y por la noche se sabía ya en todo Madrid como se habían repartido las nueve décimas partes del billete premiado; cinco en la tertulia de un banquero, tres á un político eminente y una distribuida entre doscientas familias pobres que jugaban un real cada una. Solo era desconocida la persona afortunada que poseía el décimo restante. ¡Era Simeón!

Simeón, á pesar de la certeza que le habían proporcionado sus cabalas, no pudo ver el número en la lista grande sin sufrir un valdido que le hizo caer en tierra.

—Soy millonario—se decía—pero quiero serlo yo solo. Ni mi mujer, ni mi hija lo deben saber, al menos por ahora. Seguiré asistiendo á la oficina, como si tal cosa; renunciaré á comprarme el gabán de pieles, que es muy llamativo, y más adelante cobraré el premio.

Otras consideraciones le movieron á pensar en cobrar el millón cuanto antes, pero á fin de que su nombre no se supiera, compró la discreción del lotero, busó un cómplice como si tratara de cometer una mala acción. Inmediatamente coloró en cuenta corriente en el Banco los cincuenta mil duros, sin otra eliminación que los cincuenta que regaló al lotero por su silencio y los ciento que consagró á comprar el abrigo de su esposa, las toquillas de su hija y su gabán de pieles.

Peró estas larguezas, en quien no las acostumbra á tener, infundieron graves sospechas á aquel gabán y que aquellos abrigos se los había regalado un amigo que acababa de heredar á un tío indiano. Su mujer sospechó que algunos amores ilícitos le proporcionaban al pobre Simeón aquellas ventajas y entre sus compañeros de oficina nació la desconfianza, dándose el pago de que su jefe le retirara el despacho de un expediente en que los interesados eran poco escrupulosos. Pagó al mozo del Oriental y éste le preguntó asombrado: ¿Le ha tocado la lotería? Pagó á su amigo Isidoro y éste le hizo la misma pregunta: pagó al sereno y tres cuartos de lo propio. Entre los vecinos de la calle cundió la voz de que D. Simeón iba todos los días al Banco; una vendedora de billetes de lotería le reconoció en la Puerta del Sol y le anunció un escándalo por no haberla gratificado más que con cuarenta céntimos; su moralidad se puso en duda, y para colmo de males, recibió la noticia de su cesantía.

—Un hombre que tiene 2.000 pesetas de sueldo y familia, y que almuerza todos los días cuatro ó cinco chuletas en un café, no puede menos de ser un bribón.

Estas habías sido, según fama, las frases con que el director de su oficina se había presentado al ministro, pidiendo el relevo de Simeón.

—¡Pues bien!—exclamó éste en un arranque de esos que deben tener cuantos poseen cincuenta mil duros.... —Pues bien, no; rico, soy millonario.... Había que mandarse de la calle del Donquixote á la del Alcalá, tendré coche, daré fiestas, usaré dos ó tres gabanes de pieles, unos encima de otros.... Dejaré cesante al sereno, haré que despidan al mozo del café Oriental y mandaré á un presidio á Isidoro y á la vendedora de billetes. Y si esto no le basta al mundo todavía, me relacionaré con las horizontales á la moda, correré caballos en el Hipódromo y haré que me elijan concejal.

III

Efectivamente, Simeón y su familia se mudaron de casa. Rita y María de la O, le per-